

bién á la contracción continua de su pecho y de su estómago, á las compresiones de su corazón y de sus entrañas, al incendio que la cólera eterna alimentaba en sus venas, á la hiel mezclada de continuo á su saliva y al terror que esparcía como un frío irradiante henchido de muerte, al revés del sol que irradia un calor henchido de alegría y de vida. La crueldad de Calígula y de Nerón, por ejemplo, era una crueldad ciega, irreflexiva, loca, algo mecánico y fatal, obra en su mayor parte del temperamento; mas la crueldad de Tiberio era una crueldad concentrada, razonadísima, íntima, á la cual ponía un comentario perpetuo su profunda razón y una perpetua excusa su perversa conciencia. Quizá en aquella su refinadísima inteligencia nació esa teoría luego aprovechada por el cesarismo contemporáneo, la teoría de que un tirano se sostiene sobre los hombros del pueblo, y que para satisfacer al pueblo es necesario echarle, como al león enjaulado se le echa carne chorreando sangre humeante, los cuerpos disyectos de los aristócratas y de los patricios.

Lo más horrible que en la crueldad de Tiberio había era la razón de esa crueldad. Me parece menos culpado quien mata por instinto de complejión que quien eleva en las regiones de lo ideal un asesinato á las alturas de una teoría de justi-

cia. Prefero la crueldad ebria de Marat á la fría y razonada crueldad de Robespierre.

El mirar de la serpiente petrifica á un animal tan móvil, tan nervioso, tan ligero como los pajarillos del aire. Pues la mirada de Tiberio petrificaba á sus víctimas. Sus ojos eran un abismo de odio, como su saliva un Océano de veneno. Diríase que su cabeza había sido forjada como un ariete para destruir la humanidad. Diríase que sus huesosas manos eran arañas tejiendo perpetuamente fríos sudarios. Sus palabras cortadas semejaban á las sentencias de un juez implacable y sus gestos á los ademanes de un verdugo increíble. En cuanto alguien se aparecía á sus ojos, solamente le miraba por el lado odioso ó por el lado ridículo que llevamos en nuestra naturaleza, como llevamos el triste engarce del límite y la amarga levadura del mal. No quería ver nada bueno en el género humano para excusarse de amar y de admirar. Ciego al brillo de todas las cualidades, era perspicaz en la observación de todos los defectos. Pueda ser que en una comunicación perpetua con el mundo, necesitado de los demás ó necesitándolos, en el encuentro con las pasiones buenas y con los sacrificios austeros, hubiera reformado su sentir; pero no podía reformarlo un hombre nacido en las alturas de la sociedad, desde cuyas cimas todo se ve pequeño, y

luego allá arriba, recluso en vida cerrada al amor, en una vida concéntrica. Su trono parecía una isla desierta, donde tenía el infeliz para alimentarse que comerse sus propias carnes. Así, en cuanto veía algún sér extraño, se le erizaban los ralos cabellos á fuerte escalofrío, como se le eriza al gato la piel cuando ve á un perro. Hay en la naturaleza especies contrarias de otras especies, como las aves de rapiña son contrarias á las aves inocentes y las mismas aves inocentes contrarias á los insectillos; pero Tiberio parecía pertenecer á una especie contraria á todo el universo. Los seres á quienes acercaba á su seno, á su compañía, los manchaba con sus vicios, y los seres alejados de él... ¡ah! los perseguía con su odio. En algunos de sus ensueños quizá aspiraba á quedarse solo sobre la tierra como sobre su pedestal está sola una estatua. El primer hombre de su tiempo, si no por el mérito, por la posición social de jefe del Imperio, envidiaba á todo el mundo. El único que entonces podía hablar con franqueza y proceder con resolución se encerraba en la hipocresía de los oprimidos y de los débiles, sin duda para que no le faltase ningún vicio, ni siquiera aquellos pocos que son al cabo por la tiranía contrastables. Hasta debilidades modernas, apenas conocidas en los tiempos del equilibrio entre la naturaleza y el espíritu, se deslizaban por aquel es-

pectro del mal como cierto disgusto de la vida, cierta nostalgia espiritualista, cierta tristeza, cierta desconfianza de sí mismo, pues aquejaban al monstruo todas las enfermedades de lo pasado y todas las enfermedades de lo porvenir concentradas en su perversa naturaleza.

Mas la pasión que sobre todo le dominaba era el miedo. Como tenía urdida una conjuración profunda contra la humanidad entera, creía que la humanidad entera acechaba la hora de su venganza. Como había cometido tantos crímenes, prestaba homenaje á la justicia universal, viendo á todas horas aquellos crímenes caer en espesa lluvia sobre su maldecida cabeza para anegarlos y confundirlos. Sus largas separaciones de Roma, su voluntario confinamiento en la isla de Capri, sus dobles guardias ante fuertes muros en este mismo asilo, mostraban bien cómo le perseguía el terror levantado en las tinieblas de su conciencia por la siniestra fosforescencia de todas sus infamias. ¡Cuántas veces, al ruido de una puerta ó al paso de una sombra, la sangre le refluía al corazón, que estallaba, y los nervios le sacudían todos los miembros como si los hubiera atravesado un rayo, después de habersele crispado y enfriado las manos como á un muerto y quedándosele fija é inmóvil la vista como á un espectro! En el mundo se debe huir

siempre de los que tienen miedo. Y si esto es verdad, imaginaos cómo se deberá huir del miedo cuando el miedo reina, cuando ocupa la cima del planeta, cuando dirige á la humanidad á su antojo, cuando penetra hasta en el cielo y se declara un Dios. El terror que difundía Tiberio en el mundo lo experimentaba primeramente sobre si mismo. Era un muerto que mataba. Y aunque su interior parecía oscurecido por espesísimas tinieblas, sus víctimas le rodeaban como furias invisibles de continuo y le pedían cuenta estrechísima de sus crímenes á gritos agudos de asesinos remordimientos. Mas estos gritos, lejos de avasallarle, empujaban su ánimo á nuevas inmolaciones, dictadas casi siempre por los escalofríos del miedo y por los vértigos del terror. No sabía que mientras quedase un sér viviente en la tierra le quedaba con él un enemigo. Así, en cuanto veía de improviso un sér humano, íbase á ocultar como el perro que teme un castigo, ó se detenía helado, rígido, como un caballo que se encabrita de espanto. Así de todo el mundo sospechaba, y muchas veces se cogía la cabeza entre las manos, sospechando de sí mismo, á lo menos, temiendo, con razón, que se volvería loco.

El infeliz cosechaba los frutos amarguísimos de su educación y de su temperamento. Su familia, la

familia de los Claudios, había sido siempre una familia robusta, como hijos de las agrias montañas sabinas, pero también una familia violenta como engendrada por los fuertes patricios romanos. La ternura maternal no dulcificó nunca ni con sus caricias ni con su previsión esta natural rudeza vinculada en Tiberio, porque Livia pasaba con razón por una antigua matrona, pero no por una verdadera madre. Ocupada en los asuntos de Estado, que exigen atención tan múltiple, no se curaba en manera alguna de sus hijos. Cuando se volvía hacia ellos, no los miraba como pedazos queridos de sus entrañas necesarios á la vida, sino como peldaños de la escalera ó piedras de la base por donde podía subir al trono y en el trono afirmarse. Tiberio crecía solo y abandonado en la cima del monte Palatino, en aquel estercolero de ambiciones. Su padrastro Augusto se burlaba mucho de él, y no hay cosa que agrie el carácter y lo pervierta como las burlas á la infancia, que tanto ha menester de las caricias. Siendo muy niño, como le viera siempre taciturno, triste, ensimismado, llamábale el emperador viejecillo. Siendo joven, al volver de las guerras cantábricas, supo con pena y resentimiento que el emperador conocía y criticaba acerbamente los estragos causados en la naturaleza de su hijastro por el ardiente vino de España y los motes lanzados contra

sus borracheras por los soldados, los cuales alteraban los nombres y apellidos de su joven general, llamándole en vez de Tiberius, Biberius, ó sea bebedor; en vez de Claudius, Caldius, ó sea vino caliente, y en vez de Nero, Mero, ó sea vino puro. Estas pesadas bromas engendraban naturalmente horrible infierno en las entrañas de aquel joven llamado á la herencia de tan grande imperio. El amor podía haber dulcificado un poco sus heridas; pero en el amor fué también desgraciadísimo. Casado con la hija de Agripa, con la bella Agripina, por la cual sentía una verdadera pasión, las implacables razones de Estado que jugaban con el corazón de los Césares le descasaron para unirle á Julia, la voluptuosa hija de Augusto, á la cual sólo tuvo un momento apego carnalísimo, que se sació con el tiempo y se tornó en repugnante hastío. Los dos únicos amigos de su vida, que fueron Marcelo y Druso, murieron también muy jóvenes y dejaron un vacío muy grande en su pecho. Luego vino el largo destierro de Rodas, en el cual comenzó á sentir ese odio al género humano, rasgo distintivo de su funesto imperio. Tras el destierro de Rodas vinieron los crímenes necesarios para apartar todos los obstáculos interpuestos en su camino al trono, crímenes que mancharon de manchas cancerosas su conciencia. Llegado al trono y en edad ya avan-

zada se lo encontró ocupado por su madre, y la amargura de aquella humillación aumentó la ignominia interior á sus propios ojos, exacerbó de una manera horrible su sed ardiente de venganza y enconó su odio á la humanidad.

Tiberio no era de ninguna manera feo ni repugnante. Después que el exceso de vino y el exceso de placer mancharon su rostro, se volvió asqueroso. En esto semejábase á Felipe II, hermosísimo en la juventud, y á la vejez consumido por las supersticiones de su turbada conciencia y los cuidados de su ciclópea corona. Uno y otro se han helado á la sombra de colosales montañas de hielo, es decir, á la sombra de los tronos mayores que ha visto la tierra. Estudiando el retrato legado por Suetonio, y los bustos y los simulacros reunidos en los diversos museos, échase de ver bien claramente que era Tiberio robusto de complexión, sano de natural, erguido y alto de estatura; en sus articulaciones tan acerado, en sus movimientos tan ágil, en sus puños tan fuerte, en su constitución tan fornido, en sus músculos tan resistente como un gladiador de las fiestas del circo, ó un soldado de los campos de Germania, ó un jornalero de las montañas de Sabina. Tenía la tez finísima y digna de una dama; la color entre sonrosada y blanca; los ojos muy grandes y con la facultad de ver y de

lucir en la oscuridad, como los ojos del tigre; la frente más ancha que alta y atravesada por profundas arrugas, surcos del pensamiento; el cuello rígido como si fuera la estatua de la autoridad y del poder; los pómulos salientes y las quijadas desproporcionadísimas; aire de general, ademán de emperador, nariz de griego, entrecejo de filósofo, barba de atleta, mirada de lechuza, boca de esbirro y algo siniestro en todo su sér, como el asesino y el verdugo. A la verdad, se confirmaba en Tiberio una ley que puede aplicarse á todos los grandes tipos de Césares en toda la sucesión de los siglos. Allá abajo, entre los ciudadanos, quizá un hombre de mérito; allá arriba, entre los dioses, un monstruo. No se puede llegar á la tiranía sin romper las leyes de la naturaleza, y no se pueden romper las leyes de la naturaleza sin recibir un tremendo castigo. En cuanto se vió libre de todos sus rivales, libre de la tutela de su madre, emperador, no de nombre, emperador de veras, comenzó á moverse siniestramente, á la manera del caimán, que en cuanto experimenta el primer asomo de la vida en su nido de lobo rechina los dientes. Tal hijo pariera y educara Livia.

